

1803. gracia, y á quien solo una cautela sagaz libró de verse complicado en la causa criminal.

1804. El 13 de marzo de 1804 fueron presentados los reos al tribunal. El prestigio de Moreau era demasiado popular para que los jueces se atreviesen á condenarle á muerte; y así se contentaron con imponerle la pena de dos años de prision que Bonaparte la conmutó en destierro. Jorge Cadoudal con otros 19 fueron sentenciados á pena capital.

Durante el curso de este famoso proceso añadió Napoleon un nuevo y horroroso crimen á los muchos que mancharon toda su vida. No habia podido saciarse con la sangre de la Familia real, que al cabo habia buscado un asilo en Inglaterra; y resolvió vengarse en el infeliz duque de Enghien, que fiado en la seguridad que le daba su permanencia en país extranjero, vivia tranqui-

lo en el retiro de Ettheneim. Bonaparte 1804. para sacrificar esta ilustre víctima á la ambicion atroz que le devoraba, mandó violar el territorio extranjero por un destacamento de tropas que en la noche del 20 de marzo fué á prender al Duque en su misma habitacion; y conducido á Strasbourg y luego á Vincennes, donde llegó en el mismo dia, fue fusilado en la noche de su llegada, con circunstancias las mas atroces que acompañaron el acto de la ejecucion; siendo la mas enorme la de habersele negado un ministro de la Religion para que le asistiese en su última hora.

Ya no le faltaba mas que un paso para llegar al colmo de sus deseos ambiciosos: era la corona; y esta la logró, como todo lo demas, aparentando que hacia un sacrificio por el bien de la patria. Eliminando del tribunado, que era el verdadero representante del pue-

1804. blo á los cincuenta individuos en quienes no tenia entera satisfaccion, los cincuenta que quedaron estaban ciegame- te decididos á favor de Napoleon; y en 30 de abril se publica en la tribuna la siguiente proposicion: «Que Napoleon «Bonaparte sea proclamado Emperador «de los franceses, y que la corona im- «perial sea hereditaria en su familia.» El cuerpo legislativo siguió el ejemplo del tribunado, y al dia siguiente el se- nado, por medio de un mensaje el mas humilde y respetuoso, suplicó á Napo- leon tuviese á bien admitir el Imperio para sí y para sus hijos y descendien- tes; y Napoleon accediendo á la súplica del senado y del pueblo francés, segun dijo, admitió la corona que se le ofrecia. Desde entonces lo que era mo- nárquico de hecho por la voluntad de un usurpador, lo fue de derecho; y se acabó de arreglar la nueva forma de go-

bierno en 18 y 19 de mayo, nom- 1804. brándose dignidades del imperio, que fueron conferidas á los hermanos da Na- poleon, José y Luis, á Murat, á Cam- baceres, á Lebrun, á Berthier y á Ta- lleyrand.

En el mismo dia Napoleon nombró 18 mariscales del Imperio; y estos fue- ron Bernadotte, Murat, Kellermann, Brune, Mortier, Lannes, Perignon, Ser- rurier, Lefevre, Massena, Ney, Davoust, Bessieres, Jourdan, Augereau, Moncey, Berthier y Soult.

En el 27 de mayo el senado prestó ju- ramento de fidelidad á Napoleon, y fue reconocido sin contradiccion por los 108 departamentos de que entonces se com- ponia la Francia.

En medio de estos grandes aconteci- mientos interiores ocurrió un incidente de que Napoleon aparentó no hacer el menor caso; pero que le penetró has-

1804. ta lo íntimo del corazón, como que desde entonces previese, aunque débilmente, la desgracia que había de sucederle diez años después. Luis XVIII apenas supo la creación del imperio francés y la elevación de Bonaparte, protestó con fecha 6 de junio de 1804 contra este nuevo acto de usurpación de sus derechos, que puso el sello á los pasos ilegales de la revolución, y envió la protesta á todos los soberanos de la Europa. Napoleón hizo como que se burlaba de tal protesta, mandándola insertar sin comentarios en el Monitor; pero los pasos que tan bajamente había dado para lograr la renuncia de los Príncipes de la casa de Borbon, y la persecución que tantas veces suscitó contra ellos en el extranjero, son una prueba de que no miraba con indiferencia la resistencia heroica del legítimo heredero del trono de Francia.

Las glorias de Bonaparte no le habían hecho olvidar los negocios de la guerra. Hacia tiempo que estaba preparando una formidable expedición, al parecer, contra la Inglaterra: en los puertos del norte de la Francia había reunido 900 buques de guerra y de transporte: un ejército de 200 mil hombres acampaba en Boloña y en sus alrededores. En el espacio de dos años hubo varios choques navales con los ingleses, que siempre llevaron lo peor, bien que sin resultados especiales en favor de la Francia. Se cree que Napoleón jamás pensó seriamente en invadir la Inglaterra; y que sus maniobras navales no tenían mas objeto que distraer á aquella potencia de otros cuidados, teniéndola incessantemente ocupada en atender á su propia defensa. Por otra parte el ejército de Boloña al paso que amenazaba la Inglaterra, estaba en disposición de ha-

1804. cer frente ó de atacar á las potencias que hiciesen la guerra á la Francia por la parte del Rin.

En la brillante comedia que se representaba en Francia, cuyo principal personaje era Napoleón, quiso este jugar tambien el papel de hipócrita para una escena que habia de darle nuevo prestigio. Dirigió al Santo Padre una carta la mas humilde, invitándole á que fuese á París para colocar en su cabeza la corona imperial, y asegurándole inmensos bienes que la Religion habia de reportar de este acto que sellaria la reconciliacion de la Francia con la verdadera Iglesia. El Papa accedió: emprendió el viage en 2 de noviembre: llegó el 25 á Fontainebleau, donde fue recibido por Napoleon; y juntos salieron el 28 para París donde por órden del Emperador se prodigaron al Santo Padre todos los honores debidos á su eminente digni-

dad. La ceremonia de la coronacion se verificó el 2 de diciembre con una pompa y magnificencia que debió halagar mas á Napoleón que los triunfos adquiridos en el campo de batalla; siendo muy notable que aun en aquel acto magestuoso, en el cual el nuevo Emperador se propuso representar el papel del mas fino y sagaz hipócrita, no pudo faltar una muestra del orgullo que le dominaba: pues bien diferente de Carlomagno, con quien se comparaba, que bajó la cabeza para que el Papa Leon III pusiese la corona sobre ella; esa corona arrebató de manos de Pio VII cuando iba á hacer la ceremonia de ponérsela, y quiso coronarse por sí mismo.

Dueño Napoleon del mando absoluto de la Francia, no se contentó con ejercer un imperio precario sobre los demas países que habia conquistado; y jugando las mismas tramas é intrigas con que